

Pasión y mito en un medio masivo: un análisis sociosemiótico de la normalidad

Fernando Andacht

Departamento de Sociología

Universidad de la República Oriental del Uruguay, Montevideo

Obligado 1123, Montevideo 11300, Uruguay

e-mail: fandacht@chasque.apc.org

Resumen

La cobertura de la Primer Marcha Gay en Uruguay por uno de los principales programas informativos de la televisión local y el editorial que se le dedica al día siguiente son analizados desde una perspectiva sociosemiótica peirceana. A pesar de su naturaleza notoriamente marginal, la acción visual y verbal representada televisualmente constituye un desafío para la pasión hegemónica y el mito dominante en la sociedad uruguaya, los tres dominios normativos postulados por Peirce, ética, estética y lógica, respectivamente. Un detallado análisis de la representación mediática de este movimiento social de una minoría, nos permite describir la continua producción de normalidad como el resultado de "la influencia trirelativa" de acción, pasión y mito en la sociedad.

Palabras claves: sociosemiótica, pasión, mito, normalidad mediática.

Passion and myth in a mass medium: a sociosemiotic analysis of normality

Abstract

The coverage of the first Gay Pride March in Uruguay, by one of its main television news program, and the editorial dedicated to it the

next day are analysed from a Peircean sociosemiotic viewpoint. In spite of its admittedly marginal nature, the visual and verbal action represented by television challenges the hegemonic passion and the ruling myth in contemporary Uruguayan society, the three normative domains postulated by Peirce, namely, ethic, esthetic and logic. A close analysis of the media representation of this minority social movement, allows us to describe the steady production of normality as the result of the "trirelative influence" of action, passion and myth in society.

Key words: sociosemiotics, passion, myth, media-produced normality.

1. PASOS HACIA UNA ECOLOGÍA SEMIÓTICA DE LAS IDEAS

Parte del título del presente trabajo es un eco del clásico de Bateson, *Pasos hacia una ecología de la mente* (1972). Mi enfoque del proyecto sociosemiótico parte de algunas de sus "preguntas ecológicas": "¿Cómo interactúan las ideas? ¿Qué clase de economía limita la multiplicidad de ideas en una región dada de la mente?" (Bateson, 1972:xv). Desco saber por qué algunas ideas perduran y concitan la adhesión no de una "mente", sino de una comunidad, y lo hacen con tal fuerza, que ya no parece posible entenderla sin ampararse bajo el techo semiótico suministrado por aquéllas. Para construir una sociosemiótica de lo nacional creo necesario incluir lo pasional y lo mítico, como dos de sus ingredientes básicos. El tercer factor, según la arquitectura teórica de Peirce que utilizo y reinterpreté, es la determinación semiótica de lo real, en tanto restricción existencial de lo posible y de lo general.

La cobertura periodística de un evento público, la primera marcha gay del Uruguay en 1993, dentro de un programa informativo central de la televisión, me permite analizar cómo funciona el mito hegemónico de la que fuera llamada Suiza de América, su "primer Estado de Bienestar". *Mesocracia*, la comarca de la medianía, es el nombre mítico del más pequeño de los dos países cuya dirección legal es el Río de la Plata. Real de Azúa (1964) propone la noción de "lo mesocrático", para describir la hegemonía social de una clase media idealizada, cuyo alcance excede en mucho lo meramente económico, y que encarna la norma en los más variados dominios de la vida. Entre las cualidades promovidas al rango de ideal, se cuenta la flagrante ausencia del cuerpo individual de la arena

política como requisito para lograr la hiperintegración y la mesura en lo público/político. Sólo "el sujeto ciudadano" (Beisso & Castagnola 1987:14), aquel que representa sus demandas a través del aparato corporativo Estatal o paraestatal (partidos, sindicatos, etc.) es plausible para la opinión pública. Donde impera el mito mesocrático, no queda espacio para el cuerpo como tal, para esa clase de diferencia individual, en tanto fuente de reivindicación política. Aquello que el cuerpo social, colectivo e *incorpóreo*, no incluyó, simplemente no existe. Y si se pone a hablar hay que acallararlo. La presente reflexión es parte de una investigación emprendida ya hace algún tiempo (Andacht 1992, 1992a, 1995) sobre los mitos del Uruguay contemporáneo. Mi pregunta en esta ocasión es: ¿qué ocurre cuando una minoría sale a las calles a reivindicar algo no reclamado previamente por ese Estado difuso y ubicuo, tan presente en lo privado como en lo público?

Quiero demostrar así algo paradójico y central en un sociedad que se jacta con humildad de venerar por encima de todo lo razonable, y de oponerse a todo desborde o exceso pasional. Uruguay ha convertido la razón en su pasión dominante. Un evento de repercusión masiva casi nula es presentado por un medio masivo, en un intento de representar a la ciudadanía, como una amenaza para ese estado de suprema razonabilidad. Esta marcha gay inicial consigue volver explícita esa cualidad absoluta de lo *incorpóreo*, de la pasión mesócrata por excelencia. Un sobrio editorial televisivo a cargo del más correcto de los mesócratas nos permitirá apreciar una apasionada defensa de esa cualidad; el suyo es un discurso por completo ajeno a toda sensatez o razonabilidad. En mi opinión, esta reacción del medio masivo no debe atribuirse a inclinación personal o institucional alguna. No es una maligna conspiración, es sólo la respiración normal de los signos en esta sociedad. Así funciona normalmente la ecología semiótica de un lugar en el mundo que ha hecho de la medianía colectivizada la mayor y casi exclusiva pasión de su existir. La noción de "pasión" que propongo dista mucho del estereotipo que cine y leyenda popular han difundido. *Lo pasional* no se refiere a un desacomodo espectacular del cuerpo, sino a "aquella cualidad que es, en su presencia inmediata *kalós*", al decir de Peirce (2.199)¹. Este término

1 Las referencias a la obra de C.S. Peirce se hacen citando volumen y

griego designa el *summum bonum* o supremo bien que constituye el campo de la estética; "*kalós*" es mucho más amplio que "hermoso", quizá "adecuado" se aproxime un poco más. Mi planteamiento identifica esa cualidad absoluta que inspira la semiosis de una comunidad con lo pasional que no se percibe a sí mismo como tal. En la teoría arquitectónica de Peirce, la estética preside ética y lógica (=semiótica), según la triple dependencia postulada para las tres ciencias normativas (2.199). Estas estudian "las leyes de los fenómenos en relación a los fines" (5.123). Lo cotidiano se rige por el régimen de la pasión *implícita*, una que normalmente no tiene oponente que se le resista; hace falta una crisis, aún si de apariencia ínfima, para que esa pasión hegemónica y vivida como lo obvio apacible, se torne explícita y locuaz. Entonces, se produce un clímax de lo pasional, que es tematizado como *la razón* misma de la existencia de esa comunidad, aquello que la legitima ante sus propios ojos. Si la pasión hablara como la razón, oíríamos una proclama social inaudita: *¡nosotros somos así porque sí!* La 'razón de Estado' última en toda sociedad, sostengo, es de índole estética.

2. DE LA SEMIOLOGÍA MITOCLASTA AL ANÁLISIS TRIÁDICO DEL MITO

Hablar de mitos y (socio)semiótica, puede asociarse al tipo de análisis mito- o semioclasta que realiza Barthes, en forma pionera, hace casi cuatro décadas. En *Mythologies* (orig. 1957) se define el mito como "un habla excesivamente justificada" empleada para "naturalizar lo contingente, histórico"; ésta sigue siendo una buena entrada al problema. No obstante, cuando Barthes describe el efecto mítico con la metáfora de "un derrame incesante, una hemorragia ... una evaporación, en síntesis, una ausencia sensible" (Barthes, 1970:238), no lo puedo acompañar. Un análisis que se pretende binario, queda así deconstruido en una mónada reduccionista: lo económico o infraestructural constituiría la única realidad real y todopoderosa; los signos, sean de la moda, periódicos o culinarios, serían un mero barniz al servicio de la clase

parágrafo (ej. X.xx), según aparece en la edición de C. Hartshorne, P. Weiss y A. Burks (1931-58). Para los manuscritos, la numeración es la establecida por Robin (1967).

dominante. Propongo dos salidas de esta aporía mitoclasta: una, el universo triádico de la semiósis peirceana; la otra, la noción de lo mítico que da Kolakowski (1980), en tanto justificación valorativa difusa y omnipresente de lo humano, desde la ciencia al erotismo. La pasión es el signo de la cualidad considerada en sí misma que elige el actor colectivo como *adecuado* (*kalós*) para representar algún aspecto de la realidad semiótica de manera "razonable". El mito, dispositivo legitimador por excelencia, produce este efecto último de sensatez. Justificación injustificable, lo mítico es "aquello que hace posible que nuestra existencia, nuestro pensamiento, nuestros deseos y el mundo mismo no sólo sean conocidos, sino comprendidos" (Kolakowski 1980:121). Un mundo social sin mito es tan inconcebible como uno sin comunicación, sin el viaje incesante entre la determinación del objeto, la mediación posible del signo y la traducción incesante del interpretante, en tanto signo más desarrollado.

El mito no es un signo de mala fe, sino el impulso humano por excelencia. El interpretante es mítico en su acción pues se encarga de la elaboración incesante de *verosimilitud*, el criterio discursivo que Aristóteles propone en su *Retórica* (1357a 34) para evaluar nuestros signos cotidianos, más allá de su eventual valor de verdad o falsedad. Fuera del mundo de las leyes naturales y necesarias, rige esta forma de adecuación que tiene que ver con expectativas, normas y deseos humanos.

2.1. Viaje de la pasión al mito: la transvaloración

¿Por qué introducir la noción de mito dentro de la semiótica triádica? Para poder explicar teóricamente nuestra necesidad de asegurarnos, nuestra incapacidad para aceptar que lo real es lo que existe "necesariamente de cualquier modo (*anyhow*) o necesariamente fortuito" (Rosset 1977:12-13). La interpretación, en cambio, siempre apunta en algún sentido específico y no en otro, es "*somehow*" (*ibid*), y con ella liquidamos la inquietante sensación de gratuidad descrita por Kolakowski como "la absoluta indiferencia del mundo hacia nosotros" (1980:74). Esa fuerza no determinista sino de determinación creciente es la causa final o *teleología* semiótica. La obra de Liszka reúne de modo brillante propósito, valor y traducción sgnica en el concepto de *transvaloración* (Liszka, 1989:62), y ofrece así un encuadre teórico en el cual formular esta fusión que propongo aquí entre mito e interpretante, y la reacción de éste por la pasión como cualidad absoluta, ni buena ni mala. No es

posible hablar de semiosis sin incluir el propósito, el componente tético de todo sistema sgnico. Liszka parte del sistema opositivo, diferencial y negativo del estructuralismo francés, e introduce en él la finalidad, el factor tético que nombra y define el pragmaticismo peirceano². La finalidad humana interactúa triádicamente con el par binario, la base sistémica del sentido, y produce el proceso semiótico de *transvaloración*, que Liszka (1989:72) define en los siguientes términos:

"una semiosis reglada que re-evalúa la demarcación <markedness> percibida, imaginada o concebida, y las relaciones de rango de un referente en tanto delimitado por el rango y las relaciones de demarcación del sistema de su signans y de la teleología del usuario sgnico".

El principio jerárquico resultante de la asimetría entre términos opuestos no parece causar conflictos en el sistema fonológico, pero basta pensar en un par léxico como /hombre/ /mujer/ para comprender que la inocua *oposición* de sonidos deviene allí *confrontación* y eventual dominación de un miembro, el no marcado, sobre el otro que sí lo es. El pasaje de *lo normal*, en el sentido de lo más frecuente, de mayor amplitud referencial o generalidad, a *la norma*, a lo que es digno de emulación, es no sólo frecuente sino inevitable en toda sociedad. Para Canguilhem, la etapa final del viaje desde lo distintivo a lo preferido es la génesis de lo aborrecible social:

"Lo normal no es un concepto estático o pacífico, sino un concepto dinámico y polémico ... una norma sólo es la posibilidad de una referencia cuando ha sido instituida o escogida como expresión de una preferencia ... Lo diferente de lo preferible no es lo indiferente, sino lo rechazante, lo rechazado, lo detestable... las normas refieren lo real a valores, expresan discriminaciones de cualidades conforme a la oposición polar de una positividad y de una negatividad." (Canguilhem 1986:187-188)

- 2 De muchas citas posibles propongo ésta: "... el pragmaticismo busca definir el sentido racional [de palabras e ideas] y lo encuentra en el alcance finalista [*purposive bearing*] de la palabra o proposición" (5.428).

Entre la restricción de lo real como pura existencia fortuita, la libérrima cualidad usada como *fundamento* o "ground" peirceano para representar algún aspecto del mundo³, y la legitimidad de la comprensión que no requiere a su vez legitimación por ser plausible, actúa la lógica triádica del sentido social. La reacción del medio masivo analizada se vive colectivamente como normal, razonable o no marcada, mientras que el suceso que ese medio presenta se percibe como anormal, excesivo o marcado por la comunidad, de modo vicario, a través de los signos manejados por las personalidades mediáticas. A través suyo, la sociedad mesócrata transvalora negativamente ese intento por competir con su pasión ambiental, experimentada como una suprema racionalidad que todo lo abarca.

3. LA PEQUEÑA CRISIS DEL 28: LA NORMALIDAD EN APRIETOS

Había una vez una ausencia pública de orgullo gay, en la tierra de los mesócratas. Un buen día, unos pocos se organizan para suplir esa falta y se lanzan a las calles para encarnarlo. Eligen para ello un lugar sagrado de Mesocracia: el Obelisco a los Constituyentes. Sagrado significa allí político, partidario y vinculado al voto. Aunque no superaban la veintena, tenían aspecto strafalario, y ni siquiera hubieran pasado por gays, con o sin orgullo, en muchas partes del mundo, esa pequeña reunión en el corazón de lo plausible, engendró una crisis de proporciones mediáticas. Lo que sigue trata de describir y entender cómo ocurrió ese pequeño sismo social, y qué logró conmover en uno de los más destacados portavoces de la mayoría no tan silenciosa, ese acto público de pésima taquilla.

Hacia el fin de la emisión habitual y vespertina del día 28 de junio de 1993 de *Subrayado*, uno de los tres programas de noticias televisivas con mayor rating en Uruguay, el informativista estrella anuncia un plato fuerte, el siempre apetitoso "en vivo y en directo". Nos prepara además

3 Ver la célebre definición del signo donde Peirce (2.228) lo define como "algo que representa para alguien alguna cosa en algún aspecto o capacidad. (...) Representa ese objeto, no en todos los aspectos, sino en referencia a una clase de idea ... el fundamento (*ground*) del representamen".

para algo inusitado: "Se está realizando una concentración en nuestra principal avenida con motivo de conmemorarse hoy el día del Orgullo Homosexual." Emitido el metamensaje, sólo resta ir a los hechos. Primera sorpresa: globos, travestis multicolores y una voz en *off* muy femenina que hace declaraciones sobre un acto que se ve por primera vez en la televisión uruguaya. Segunda sorpresa: un gran primer plano de un travesti de turbulenta cabellera rubia y tapado de piel de leopardo artificial que habla en un estilo del que no renegaría ningún buen mesócrata. Sus argumentos y léxico se integran tan bien a la pasión hegemónica, como fatal es para ésta la visión de su rostro cubierto de espeso maquillaje y atravesado por una ancha faja de rouge carmesí. La cámara fascinada sólo consigue abandonar al travesti-delegado para ocuparse intermitentemente de los movimientos coreográficos del reducido grupo activista reunido en torno al imponente Obelisco. Los chorros de su fuente agregan el último detalle espectacular a ese conjunto singular de manifestantes que da saftos, sacude globos y cuerpos enfundados en ajustada lycra, shorts y profundos escotes con senos turgentes. Última sorpresa: el ojo periodístico sólo mostrará a alguien no-travesti, cuando el entrevistado afirma que este acto se adhiere al día de Lucha Internacional contra el SIDA. Didáctica la cámara recorre el grupo de travestis saltarines hasta encontrar a un muchacho de saco, en cuya solapa podemos ver nítidamente una enorme escarapela roja. Como si se nos dijera: ese es el símbolo de lucha contra el SIDA. La nota de exteriores finaliza con una evaluación de la convocatoria que hace este llamativo portavoz en respuesta al periodista allí presente, que por única vez vemos casi en el cierre de la nota. Dice ser optimista sobre futuras marchas, pero entiende que en ese momento "muchacha gente no puede dar la cara". El improvisado manifiesto termina con un tono de calma sabiduría que sólo puede acrecentar el escándalo del televidente habitual de este informativo: "a nosotras nos corresponde eso, ya que aceptamos ser como somos, dar la cara a la gente, dar la cara a la sociedad".

Vuelta al estudio para el metamensaje del adiós. Quien nos introdujo al evento nos da la señal del fin, el *Ite Missa Est* con mayor audiencia de la modernidad televisada. La despedida es aún más escueta que la introducción, ni siquiera tiene un vocablo. El informativista se limita a levantar enfáticamente las cejas, mientras apoya con visible presión ambas palmas sobre su escritorio, como si quisiera levantarse e irse en ese mismo instante. Las manos colaboran así a producir el efecto de

alguien que está a punto de irse: 'si las cosas van a tomar este cariz, este cuerpo se retira', podría ser un subtítulo verbal de esta performance muda pero elocuente. Pero es sólo un amague. Quienes se levantan son sólo las cejas de Traverso, el periodista estrella del canal, junto con buena parte de su frente, y no el resto de su cuerpo, que permanece estoico en su puesto de trabajo. No hace falta ser semiótico para entender este *primer interpretante oficial* de lo que acabamos de ver: 'Esto no fue una noticia, sepan disculpar' o '¡Sin palabras!' Con su gesto, él pone entre comillas lo que presentó antes como una nota de exteriores; le retira su legitimidad, la transvalora como un traspie involuntario del noticiero, una intrusión de lo real que, por definición, es imprevisible y accidental. No es condena explícita ni burla, apenas un leve asombro teñido mesurada o mesocráticamente de censura, de un tácito 'retiro lo presentado, ya que no se le puede calificar de noticia, fue un *blooper* o desliz televisual'. Desde mi análisis, esto es un ejemplo de *pasión implícita*, ambiental. La cualidad dominante de lo incorpóreo conduce a obviar eso que se vio en cámaras, a restarle toda importancia. Imagino una convivencia perfecta entre gesticulador y público en ese momento. Casi un siglo antes de esta comunión electrónica, Peirce describe en forma sugerente la más perfecta comunicación imaginable entre dos seres humanos; su parecido con lo que acontece en el cierre de la noticia del día 28 de junio de 1993 es impactante. El semiótico Peirce describe la fusión de quien habla y de quien escucha luego de un simple diálogo, mediante el concepto de la "co-mente" (*commens*):

"una clase maravillosamente perfecta del funcionamiento de un signo es aquella en la que uno sabe qué información o sugerencia ha sido comunicada, pero es totalmente incapaz de decir con qué palabras fue comunicada, y a menudo pensará que fue comunicada mediante palabras, cuando de hecho fue sólo comunicada con tonos de voz o con expresiones faciales". (Ms 283, 1906)

Se trata, creo, de un consenso olvidado de sí, automático. Quienes acuerdan con la actitud y el significado del gesto del periodista lo hacen sin darse siquiera cuenta de que lo están haciendo. Luego, si alguien les preguntara qué pasó, "qué dijo" aquel sobre eso que mostró la nota de *Subrayado* desde exteriores, en vivo y en directo, probablemente, muchos narrarían algún comentario inventado, pero uno que iría en el mismo sentido que el gesto de cejas y manos efectivamente hecho por el

periodista de la televisión. No caerían en la cuenta de que aquel cuerpo y los suyos entraron en perfecta sincronía; quizás su propio interpretante se materializó con apenas un asentimiento de cabeza, o con un leve sacudir de ésta de derecha a izquierda, como cuando algo nos causa estupor negativo. Pocos serían capaces de reconstruir el gesto tal cual fue hecho por el conductor del informativo para dar por terminada la cobertura de la primer marcha de orgullo gay uruguayo. No se trata de falta de atención o inteligencia por parte de la audiencia, sino de sentir la misma pasión. El experimentar una plena y total empatía hace que se entienda al otro, sin saber cómo se llegó a ese unísono perfecto que describe el semiótico en la cita anterior.

3.1. El guardián mítico del 29 o la pasión contra-ataca

"Viene ahora la manifestación gay de ayer aquí en la ciudad de Montevideo, en el comentario de A.M. Luna", así nos da el encuadre justo, el especialista en metamensajes gestuales del día anterior. Voy a dividir su editorial en cuatro secciones bien diferenciadas; le asigné a cada una un subtítulo que es a la vez resumen e interpretación. Cuando parecía que estaba todo dicho sobre esa noticia convertida por la magia de la televisión en exabrupto, llega, el día después, una extensa elaboración sobre el mismo evento. El gesto mínimo del 28 se convierte el 29 de junio en un completo editorial de varios minutos de duración, como para ratificar el principio peirciano de que los signos nacen para originar otros signos que los continúan, incrementando la determinación evolutiva llamada semiosis. El editorial nos permitirá ver algo tan excepcional como la propia marcha gay: la pasión explícita de una sociedad, el tono estético del que dependen ética y lógica (2.199). La insólita visión llega a través de la presencia de uno de los pensadores oficiales de la televisión privada uruguayo, el prestigioso editorialista Ángel María Luna. Sus palabras y su cuerpo van a encarnar por unos minutos lo pasional. Aunque este muy serio y corpulento cincuentón no se estremezca, lllore o rasgue sus vestiduras ante cámaras, sostengo que él nos ofrece la rara ocasión de contemplar la cualidad semiótica que sustenta la visión social hegemónica, esa que informa la vida cotidiana uruguayo, de modo tácito y discreto. Uno de los efectos semióticos de este despliegue de pasión explícita es la imposibilidad, para quien no vio la noticia dada por ese mismo canal el día anterior, de reconstruir lo que allí se mostró, sobre

la base exclusiva de las palabras de Luna. Miremos ahora de cerca al apasionado guardián mítico de Mesocracia.

3.1.1. Una metáfora potente y engañosa al comienzo

La adhesión. El comienzo no puede ser más auspicioso para lo que el editorialista describe como la "primer marcha" de esta naturaleza en Uruguay. El no sólo habla con firmeza de las "multitudinarias manifestaciones" que ocurrieron a lo largo y ancho del mundo occidental y progresista, sino que, a la hora de evaluar el resultado local dice que "en comparación, nos debe haber ido como en el fútbol". La analogía es la más honrosa imaginable en tierra uruguaya, ya que el fútbol es uno de los pocos ámbitos en que el ciudadano mesócrata se permite polemizar con fiereza e intenta descollar vicariamente. Luego de este inicio, uno espera que Luna exclame "¡Vamos arriba Uruguay!", i.e., que infunda ánimos a la población gay local para que su alicaído esfuerzo consiga frutos más acordes, al nivel de las grandes urbes que él nombra con evidente respeto, sino admiración. El mínimo tamaño del país ha vuelto tópico obligado la referencia admirativa al exterior grandioso y avanzado. Habría pues indicios de estar ante una ruptura de las normas vigentes en cuanto a tolerancia y apoyo cuasi oficial a una minoría. El aval indiscutible de los cables recibidos más la comparación futbolística, le confieren al día del Orgullo Homosexual en Uruguay una fuerte legitimidad. Si alguien del público tuviera que continuar el monólogo de Luna, probablemente, ella o él pensaría en que si ahora no viene una apología, al menos debería seguir alguna forma de apoyo logístico enviado desde ese modesto rincón del mundo civilizado. Lo que sigue revierte por completo esa primer impresión de simpatía o adhesión al evento presentado, y al movimiento gay uruguayo.

3.1.2. Normalidad y anormalidad del orgullo social

El distanciamiento. Hay una impresión final de apoyo al acto cuando el editorialista de *Subrayado* afirma con gravedad acorde a su investidura de opinador pago no creer que el de ese día "sea un tema en el que la importancia se cifre en la cantidad". Eran poquitos pero buenos, parece pensar. El resto de la frase no permite albergar más este conato de solidaridad inusual. Lo que sí debería importar, continua él, "es ese pretendido parentesco entre el orgullo y el homosexualismo". El término marcado empleado por Luna, en lugar del mucho más previsible, homosexualidad, sitúa inequívocamente el tema en la zona de lo anómalo,

próximo a conductas concebidas como desviaciones (ej. fetichismo), y muy alejado de formas posibles de vivir el cuerpo, como la hetero- o la bisexualidad. Luego, Luna descarta "los hábitos sexuales" como fuente de orgullo plausible. Se puede estarlo, pero no de algo atinente a lo íntimo, a eso que debería mantenerse en las piadosas sombras de la alcoba. *¡Larga vida al sujeto-ciudadano, fuera este otro cuerpo desconocido que pretende entrar ilegítimamente a la arena política! Así comienza a expresarse, a encontrar sus razones, la pasión que no las tiene, pero que las comanda, ¡Pero y lo anterior, entonces qué era? Un prólogo, un extraño calentamiento previo al partido, para abusar de la imagen más querida en Mesocracia. Recién en este momento, nos llega la opinión explícita y autorizada de quien fuera presentado en Subrayado como un autor, y no un mero lector o charlador de noticias.*

3.1.3. *Pasión y mito hegemónicos en la sociedad uruguaya*

Cuerpos afuera. En su esfuerzo pasional por infundir razonabilidad, Luna cae en un paroxismo de insensatez; él se aleja del clima habitual, y se zambulle en las agitadas aguas de la sinrazón. Para empezar no menciona lo único digno de mención, a saber, que casi no había un solo homosexual o gay en la marcha *tal como la cubrió su propio programa informativo*. Que los travestis son en la comunidad gay lo que ésta es en la no gay, es decir, el término marcado. Que merecía y reclamaba una explicación ese evidente temor a dar la cara, temor del que habla incluso el travesti-portavoz, desde el lugar de los hechos. Pero nada de eso hace Luna, el sensato profesional de esta tierra mítica de la medianfa. En lugar de eso, él equipara gente sin pelo, sin dientes, sin altura, y sin amígdalas con los homosexuales, **con esos que brillaban por su ausencia en la marcha**. Claro, este último hecho no puede ser siquiera imaginado por el público del 29 de junio si no vio antes la noticia el 28, en ese mismo canal, si sólo debe atenerse al editorial para entender lo sucedido. A todas estas clases de seres con distintas faltas, Luna les retira la razón para salir a marchar y reivindicar algo vinculado a su carencia corporal-individual en la hiperhomogénea Mesocracia. No es digno, dice Luna, para el cuerpo político que ninguno de éstos *vaya a cuerpo descubierto* por la ciudad:

"Nos parece absurdo que alguien pretenda discriminar o se sienta discriminado por esas razones. Como absurdo sería segregar a los calvos, o a los que miden menos de un metro

sesenta, o a los que fueron operados de las amígdalas, o a los que utilizan prótesis dentarias."

El editorial recubre a todos estos seres de la misma ignominia que a los gay, que de todos modos no acudieron a la cita el 28, porque las diversas faltas que los afectan, dictamina Luna en su editorial, "son todos factores que no deben incidir en el relacionamiento social, porque pertenecen a la intimidad de cada individuo". Que alguien celebre en Uruguay por su capacidad de reflexión pase por alto la muy diferente discriminación que sufren unos y otros cuerpos, no se explica por estupidez u homofobia, sino por pura pasión social. La pasión lleva al editorialista a pasar por alto que ninguna discriminación se hace *por razón* alguna, y sí por cualidades absolutas, por preferencias y rechazos. La razón acude a santificar con la ley, lo que ya se armó en otro plano del sentido, el estético.

3.1.4. Un clímax de normalidad discursiva: el refrán

La redención por el refrán. Sin permiso para circular como fuerza política, ¿qué les queda a los homosexuales uruguayos según el editorial que hemos analizado? Asimilarse en masa a lo incorpóreo, tal como el dios demócrata e hiperintegracionista de Mesocracia manda. Y para que lo sepan hacer, Luna el *phronimos* o prudente profesional les obsequia un refrán, ese signo didáctico que condensa como un cubo de sopa instantánea el mejor saber anónimo del pasado. Antes hace una extensa enumeración que nos permite construir el identikit del "buen tipo", única forma legítima, opina este editorialista, de distinguimos en esta comarca⁴. Pero si todos nos conformáramos a eso que suena tan normal, ya no habría motivo de orgullo, de nuevo, seríamos homogéneos como la leche. Terminada la lista, Luna alude críptica y eufemísticamente al grupo de travestis que efectivamente protagonizó la marcha de Orgullo Homosexual (¿Travesti?) el día anterior. Si alguien en Mesocracia ha de sentir orgullo, entonces debe ser "independientemente de *envases* y *disfraces* de razas y de credos". Luego de esta frase digna de figurar en algún manual para escribir constituciones, llega la píldora de prudencia esperada, el refrán: "En suma, y parafraseando un viejo refrán español, bueno

4 Algunos de los atributos que él incluye en su editorial son: "solidarios y afectuosos tolerantes, creativos, esforzados, decentes".

es recordar cada tanto que la belleza sin talento, es como una cometa sin viento."

Pocas cosas dejan la boca más satisfecha y llena de contento que un proverbio. No hay que entenderlo siquiera porque ya viene digerido, lo han masticado previamente muchísimas otras bocas, en otras tantas oportunidades en las que faltaba decir algo que concluyese la ocasión en tiempo y forma. Ese uso reiterado y forjador de acuerdos, de una concordancia fácil, incluso inevitable, es lo que le confiere poder y encanto al idioma proverbial. Parafraseando una máxima publicitaria, si no hay nada que agregar a una charla o a una prédica moral, lo ideal es refranearla, cerrarla con un buen proverbio. El hacerlo le confiere a quien habla la persuasión de la tradición, el efecto convincente de todos esos otros que juzgaron que era sensato, sabio y equilibrado pronunciar ese trocito prefabricado de discurso en incontables ocasiones que exijan un final feliz, o al menos concluyente. Un proverbio es un signo de lo razonable en estado de alta pureza; para la pasión mesócrata, ese sentimiento que anima cada palabra y gesto de A.M. Luna en su editorial del 29 de junio de 1993, emplear un proverbio es como ponerse a llorar intensamente o tirarle un beso al público, en otras latitudes pasionales.

4. CONCLUSIÓN: COMO PRESERVAR LA NORMALIDAD MEDIANTE LA PASIÓN Y EL MITO

"... las ideas no son meras creaciones de ésta o aquella mente, por el contrario poseen un poder de hallar o crear sus vehículos" (C.P. 1.217)

"Lo matan y no sabe que muere para que una escena pueda repetirse. Al destino le gustan las repeticiones, las variantes y las simetrías" (J.L. Borges, fragmento de La Trama)

Para el buen mesócrata, sentencia Luna, no hay cuerpo hermoso fuera de los ropajes corporativos dignos de ser mirados. Ese talento que le faltaría a la belleza del individuo no es otra cosa que la ausencia de una razón corporativa, del necesario laconismo mesócrata que vuelve al cuerpo admisible, con sentido, y no absurdo, como califica Luna al incipiente movimiento de Orgullo Homosexual uruguayo. Si ningún partido político o corporación de las conocidas en esta tierra de medianía y razonabilidad supremas ha reivindicado el cuerpo individual ni sus

diferencias no asimilables a lo partidario-ideológico, es porque aquel cuerpo es obsceno, porque atenta violentamente contra nuestro decoro tradicional. Así termina el editorial que transvalora negativamente ese intento por poner a circular una pasión ajena a lo incorpóreo. La pretensión de un grupo de tomar las calles de la ciudad por una causa que no es posible incluir en el canon de lo político-razonable, apunta Luna, es como una cometa que no consigue despegar. Como un peso muerto, lo acompaña un eco admirado desde muchos hogares. La imagen poética que cierra refrán y editorial a la vez, nos deja la visión patética y bochornosa de lo que le ocurrirá a todo aquel que atente contra el mandato supremo de Mesocracia. Sean los mesócratas tan invisibles como discretos en sus despliegues y demandas corporales públicas, porque esa es la ley primera.

El refrán clausura este ajuste de cuentas pasional. El cuerpo social puede ya descansar en paz, su *terreiro* vuelve a tener el aspecto de un tranquilo territorio: el reino de la medida. El ataque del cuerpo fue repelido por Luna para que podamos seguir siendo el país incorpóreo, orgulloso de no jactarse de distinciones ni de diferencias corporales, de esas que sólo atañen al individuo privado, pero que, como advirtió este celoso guardián del mito, no deben interferir en la interacción social, pues atañen "a la intimidad de cada individuo". Cuando de algún modo tematizamos los motivos que explican o justifican el modo en el que hacemos lo que hacemos **normalmente**, y de modo explícito o implícito atacamos o denunciemos el modo en el cual no se deben hacer, la pasión se manifiesta, abandona su lugar tácito o ambiental, para desplegarse perceptiblemente en un clímax estético de normalidad que es anómalo, memorable. El efecto de esta operación homeostática es apartar o desechar una cualidad extraña, sugeridora de otra estética. La pasión reinante busca mostrarse a sí misma como razón necesaria y suficiente, se vale para ello del mito imperante en la sociedad, de esa justificación última que es siempre, en sí misma, injustificada. He aquí la mayor vulnerabilidad y fortaleza de la pasión y el mito en su constante trabajo de preservación de la normalidad social.

Bibliografía

ANDACHT, F. 1992. **Signos reales del Uruguay Imaginario**. Editorial Trilce, Montevideo (Uruguay).

- ANDACHT, F. 1992a. "Aristotle, Peirce and Goffman in a new frame", en Balat, Michel & Janice Deledalle-Rhodes (eds.), **Signs of Humanity/L'homme et ses signes. Proceedings of the IVth International Congress of the International Association for Semiotic Studies Barcelona/ Perpignan March 39-April 6, 1989**. Volume III, 1465-1473. Editorial Mouton de Gruyter, Berlin (Alemania).
- ANDACHT, F. 1995. "A Peircean framework for the social imaginary". **Signifying Behavior 2 (en prensa)** (Canadá).
- ARISTÓTELES 1953. **Retórica**. Edición crítica y trad. de A. Tovar. Editorial Instituto de Estudios Políticos, Madrid (España).
- BARTHES, R. 1970. **Mitologías**, trad. por H. Schmucler. Editorial Siglo XXI, Madrid (España).
- BATESON, G. 1972. **Steps to an ecology of the mind**. Editorial Ballantine, New York (Estados Unidos).
- BEISSO, R. y J. CASTAGNOLA 1987. "Identidades sociales y cultura política en Uruguay". **Cuadernos del Clach 44**: 9-18.
- CANGUILHEM, G. 1987. **Lo normal y lo patológico**, trad. por R. Potschart. Editorial Siglo XXI, Madrid (España).
- KOLAKOWSKI, L. 1980. **La presencia del mito**, trad. por C. Piechoc-ki. Editorial Amorrortu, Buenos Aires (Argentina).
- LISZKA, J. 1989. **The semiotic of myth**. Editorial Indiana University Press, Bloomington (Estados Unidos).
- PEIRCE, C.S. 1931-58. **The Collected Papers of C.S. Peirce**. 8 volumes. Hartshorne, Charles, Paul Weiss, A. Burks (eds). Editorial Harvard University Press, Cambridge MA (Estados Unidos).
- REAL DE AZUA, C. 1964. **El impulso y su freno**. Editorial Ediciones Banda Oriental, Montevideo (Uruguay).
- ROBIN, R. 1967. **Annotated catalogue of the papers of C.S. Peirce**. Editorial University of Massachusetts Press, Worcester, MA (Estados Unidos).
- ROSSET, C. 1977. **Le réel. Traité de l'idiotie**. Editorial Minuit, Paris (Francia).